

Un hombre de Trebinje, que realmente tenía un parecido extraordinario con el presidente de Yugoslavia, ofreció a la Cancillería de Estado de Belgrado ponerse a su disposición para tareas especialmente fatigosas del presidente de Yugoslavia, no sin hacer una relación exacta de las tareas que, según creía, podría realizar sin más en lugar del presidente y para las que el presidente actual, sin embargo, le parecía ya demasiado débil. Sería para él un honor, dijo, asumir en lugar del presidente de la llamada República Popular de Yugoslavia aquellas tareas que el presidente no tuviera que realizar sin falta personalmente, y no pedía nada por los servicios que ofrecía. Como el hombre que hizo ese ofrecimiento a Belgrado, hace ya tres años, ha desaparecido desde entonces hasta hoy, mucha gente cree, no sólo en Trebinje y sus alrededores, sino, entretanto, en toda Yugoslavia, que hace mucho tiempo que ha empezado a prestar sus servicios en la capital yugoslava. Las personas que expresan su sospecha son tachadas de difamadores. Los que pretenden saber que ese hombre ha sido metido en la cárcel o internado en un manicomio o liquidado hace tiempo son tachados igualmente de difamadores. En consecuencia, todos los yugoslavos son difamadores.